



XIII

FILOSOFÍA DE SANTO TOMÁS

(1) Véase la Encíclica "Aeterni Patris" de 4 de Agosto de 1899.

(2) "Summa Theologica. Prologus."

(3) El señor Canónigo Don Agustín Abarca, á quien tanto debe el Seminario de Morelia.

(4) Gómez Izquierdo, "Historia de la Filosofía," pág. 563.

(5) Este ejemplo no es mío; lo he oído al señor Lic. D. José T. Guido, antiguo alumno de nuestro Seminario, cuyos conocimientos en filosofía escolástica son notables.

(6) Prisco. "Elementos de Filosofía especulativa." Vol. 2, pág. 154.

(7) Para que el lector pueda tener completa idea del atomismo, insertamos la disertación del señor Abarca, hasta ahora inédita. Ya será mérito para nuestro libro, siquiera el dar á conocer ese trabajo, corto, pero substancioso en demasía.

Ojalá y este ejemplo nuestro sirva de estímulo también, á los que puedan editar las obras que aquel hombre notable dejó escritas y que, aunque pocas, no dejarán de ser en gran manera honrosas para quien las escribió, y útiles para quien las lea.

El señor Canónigo D. Agustín Abarca, nació en Pátzcuaro (Michoacán) en 1843; estudió en nuestro Seminario de Morelia; enseñó en él en diversas épocas, física, teología y literatura; graduóse de Doctor en Teología en la "Minerva" de Roma mereciendo calurosos elogios del gran P. Lepidi, y era Rector del Seminario de Morelia, cuando murió el 9 de Julio de 1891.

El mayor anhelo de su vida, y podemos decir el único, fué el de establecer en el Seminario sólidamente los estudios de filosofía y teología de Santo Tomás.

Disertación acerca de la hipótesis atomística

Señores:

Habiendo llegado (siguiendo el curso de nuestros estudios) al punto en que nuestro guía, el Angélico Doctor, se pregunta si hay acaso en Dios composición de materia y forma, nos pareció, como era natural, que no debíamos pasar adelante sin fijar primero y dilucidar esas trascendentalísimas ideas.

En lo sucesivo debíamos encontrarnos con ellas á cada paso: y la filosofía escolástica gira sobre ellas como sobre sus polos, hasta el grado de que, los unos por desprecio, los otros por admiración, la llaman todos la filosofía de la materia y la forma.

Los tres órdenes reales de seres que se conocen, ella los caracteriza y define por esas ideas primordiales. Los cuerpos son para ella compuestos de materia y forma; los ángeles formas separadas; Dios es la forma pura: por manera que nada en ella se explica ni se entiende sin el conocimiento exacto del valor y significación de esas nociones que la filosofía de la Edad Media tomó de la escuela socrática, y que parecen ser tradicionales en el mundo y tan antiguas como él.

Mas para descifrar y explicar convenientemente esas ideas, es preciso afrontar una gran cuestión: la de la naturaleza y esencia de los cuerpos; cuestión que ha dividido á los filósofos en todas las épocas de la historia de la ciencia, y que parece ser el eterno postulado de todas las filosofías. ¿Qué es un cuerpo? No éste ó aquél, sino en general. ¿Qué es un cuerpo? A esta pregunta debiera responder cada uno como San Agustín cuando trataba del tiempo: "si no me pregun-

tas, lo sé; si me preguntas, lo ignoro;" porque ninguna idea es tan fácil de adquirirse, en apariencia, y tan difícil en la realidad. Desde nuestro nacimiento, los cuerpos nos rodean por todas partes: todos nuestros sentidos nos ponen en comunicación con ellos; y cuando nos alejamos de ese contacto y nos encerramos dentro de nosotros mismos, la propia conciencia nos hace sentir que somos á la vez espíritus y cuerpos. Un hombre rústico se admiraría sobre manera si se le dirigiese esta pregunta: ¿qué es un cuerpo? Sin embargo, los sabios se la han hecho á sí mismos, y apenas si la han podido contestar.

La escuela de Santo Tomás contesta que cuerpo en general es todo compuesto de materia y forma: *Compositus ex materia et forma*. Es decir, es cuerpo todo lo que se compone de estos dos principios. Hay en todo cuerpo, cualquiera que sea su especie, un principio en potencia, otro principio en acto; ó para hablar el lenguaje moderno, un principio activo, otro pasivo. La materia es el elemento pasivo, y lo es tanto, que no puede ni existir siquiera si no está colocado bajo la acción del otro. La forma es el elemento activo, y lo es hasta el punto de que no puede existir si no obra, si no tiene sobre qué obrar. De consiguiente, separados entre sí estos dos elementos, ni son cuerpos, ni tienen existencia alguna; mas apenas se juntan, y dan nacimiento á un cuerpo; á la manera que el oxígeno y el hidrógeno producen lo que no eran antes: el agua. Y si decimos que se juntan, no es porque antes hayan existido, sino porque debieron ser producidos ó criados á la vez, pues de otra manera no podrán existir. Los cuerpos son activos por su forma; pasivos, por su materia. Y como los distinguimos y diferenciamos por sus diversas actividades, decimos que la forma es quien les especifica, quien les reduce á determinadas especies. La plata, es plata; el oro, es oro, por su forma: así como un trozo de estos metales sería un individuo por su materia. La forma es el principio de especificación; la materia, el principio de individuación.

La materia es común; y las formas diversas é innumerables criadas por Dios al principio, y distribuídas á las distintas porciones de materia, determinaron todos los variadísimos cuerpos que pueblan el universo. Las formas pueden trasladarse de unas materias á otras; y bajo el poder omnímmodo del Criador, una substancia puede transmutarse en otra, así en su materia como en su forma. Esta conversión

absoluta se llama transubstanciación. Pero aún de potencia ordinaria puede Dios cambiar y permutar las formas de los cuerpos. Ese poder lo ha comunicado á las causas segundas; y muchos cuerpos, sujetos á la acción de ellas, pueden perder su forma y ganar otra, cambiándose substancialmente. Así se explica la generación de los animales; y por el poder de los que llamamos agentes, las combinaciones químicas, cuando son perfectas.

Tal es, simplemente enunciada, la famosa doctrina de la materia y la forma. Cumpliendo con el honrosísimo encargo que he recibido, yo debería exponerla en toda su extensión, y manifestar á la vez sus fundamentos; pero por las dificultades que encierra, en especial para nosotros, me ha parecido que era antes indispensable remover algunos obstáculos, y allanar de esta manera el camino. Porque educados como lo hemos sido en las doctrinas de Descartes, estamos tan lejos, no diré de la aceptación de las doctrinas escolásticas, sino aun de su simple inteligencia, que necesitamos para ella remover nuestras ideas desde su fondo, y renacer científicamente otros hombres. Para entrar con interés en estos estudios, que por su misma abstracción y aridez, y por el recogimiento y meditación que exigen, chocan hasta á nuestro modo de ser y á nuestras costumbres, será preciso dudar, al menos de nuestras antiguas ideas, y poner á discusión hipótesis y teorías que hemos recibido desde niños como principios incontestables. El estudio de ciencias puramente experimentales nos ha acostumbrado á cierta facilidad y llaneza; porque en esas ciencias los sentidos y la imaginación son todo. Al que avalúa los perdidos volúmenes de otras edades, sentimos que sólo en el claustro ó en una existencia tan recogida como la de él, pudieran concebirse y escribirse; mientras nuestros estudios son un viaje recreativo, un simple y desahogado paseo.

De aquí nace en nosotros un desvío profundo hacia doctrinas que requieren para ser comprendidas retraimiento y meditación: y que estemos tan contentos con una ciencia cuyos lauros se recogen como las flores en un jardín. Nuestro deseo quedaría satisfecho si lográramos, como ya se ha intentado, que la misma jurisprudencia y la política, que aún conservan algo de su elevación nativa, se convirtieran en simples ciencias de observación.

Ahora mismo que oíais la exposición de la doctrina de Santo Tomás sobre la materia y la forma, debe haberos ocurrido,

Señores, lo que á todos nos ocurre en casos semejantes. ¿Para qué tanta metafísica para explicar una cosa tan sencilla como es un cuerpo? ¿No lo sabemos hoy todos? ¿No se nos enseñó con el carácter y el acento de la más absoluta seguridad, y de la claridad más perspicua, cómo están constituidos los cuerpos? Un cuerpo es un conjunto de átomos, es decir, de corpúsculos físicamente indivisibles, pero extensos y resistentes. No se hayan estos átomos en contacto los unos con los otros, porque así no podrían explicarse algunos fenómenos de los cuerpos; sino que están á distancias, mantenidos á ellas por fuerzas atractivas y repulsivas: atractivas, pues que no se separan, repulsivas, porque no se juntan. Según unos, en reposo; según otros, en movimiento, forman los átomos agrupaciones ó sistemas que se llaman moléculas, que son las que constituyen los cuerpos químicamente. Una substancia es simple cuando no contiene átomos homogéneos; pero será compuesta, si los tiene de distintas especies.

Los átomos son inalterables: un átomo de oxígeno lo será siempre; y sólo las substancias compuestas pueden cambiar, mudándose su composición. Esto, según unos; según otros, los átomos todos del universo son homogéneos, y sólo á sus diversas colocaciones ú orientaciones debe atribuirse la multiplicidad de substancias. Pero dejando á un lado estas y otras diferencias que pudieran hacerse notar entre los sostenedores de esta doctrina, la esencia del atomismo consiste en suponer que los cuerpos son compuestos de átomos y fuerzas. Corpúsculos dotados de extensión é impenetrabilidad, inertes por sí mismos y colocados bajo la acción de fuerzas que obran á distancias infinitamente pequeñas, este es el atomismo, esta la doctrina que todos aprendimos, y que Descartes y Easendi substituyeron á la de los escolásticos de la materia y la forma.

Esta doctrina de los átomos—se dice—es la moderna; mejor, por consiguiente, que la antigua. Esta doctrina está hoy en posesión de todas las inteligencias, al menos de las que se dedican al estudio de la naturaleza. Ella explica todos los fenómenos, y, por consiguiente, no necesitamos otra, habiendo ésta demostrado, aunque no sea más que por exclusión y por sus efectos y resultados, la falsedad de las demás. A lo cual debe agregarse que, si domina en todas las ciencias naturales, es porque es ella física por excelencia, y no metafísica, como la de los antiguos doctores.

No podemos, pues, pasar adelante en el estudio de la doc-

trina de Santo Tomás, ni mostrar los fundamentos positivos en que puede apoyarse, sin resolver de antemano estas dificultades. Si la hipótesis de los átomos es tan segura como parece, es inútil buscar otra, y ningún interés tiene encontrarla; pero si no es así, si podemos acaso negar todo eso que de ella se afirma, ya podemos buscar con empeño y hasta con avidez la doctrina que deba sustituirla; yo, al contrario, no deseo más que arrojar en vuestros espíritus la duda: que en estas cosas racionales la duda suele ser el camino de la verdad.

En cuanto á que esta filosofía atomista sea nueva en el mundo, ni la recomendaría esa cualidad, ni es verdadera tal aserción. El problema físico, el gran postulado de la esencia y naturaleza de los cuerpos, debió estar presente á los ojos del hombre desde los primeros días del mundo, puesto que es propio de la inteligencia investigar la razón y el sér de todo lo que conoce, y el mundo físico era el primero que conocía el hombre. Ahora bien: para resolver ese urgente problema, no contaba la inteligencia, separada de la revelación primitiva, más que con estos dos elementos: cuerpos ya formados y fuerzas que los mueven. Las fuerzas solas no se pueden imaginar; y el hombre no contaba entonces más que con su imaginación para resolver el problema que se proponía. La imaginación predomina en el hombre primitivo como en el hombre niño, y por eso se ha dicho que la poesía, que es parto exclusivo de la imaginación, es la que ha fundado los pueblos. Pero la imaginación para analizar no sabe hacer más que separar y dividir; y así entre el conjunto de todos los cuerpos que componen el universo, el hombre debió escoger y señalar como elemento de todos, aquellos que le parecían más simples. Para Thales, fundador de la escuela jónica, que vivió 700 años antes de Jesucristo, era el agua el elemento único de todas las cosas. Para Anaxímenes y Diógenes, era el aire; para Heráclio, el fuego. Anaximandro, algo más adelantado en las abstracciones, consideraba esa materia primitiva como algo distinto de los cuatro elementos; mientras que para Empédocles esos mismos cuatro elementos eran el elemento primero.

Después de segregar los cuerpos, buscando lo más simple y elemental, sigue como un adelanto en el método, el dividir cada uno de esos mismos cuerpos para buscar en sus entrañas aquello que le constituye. Pero como sólo los cuerpos son perceptibles á la imaginación, y es tan difícil al hombre le-

vantarse sobre ella, no quedaban más que corpúsculos para explicar los cuerpos. Los primeros representantes de esta filosofía, fueron Leucipo y Demócrito, menos de un siglo posteriores á la escuela anterior, y ellos fueron los fundadores del atomismo. Doscientos años después lo resucitó Epicúreo, que fué quien le dió su forma más concreta, y en cuyas ideas parece verse ya algo de las últimas doctrinas adoptadas acerca de la transformación del movimiento. Hay que decir, sin embargo, que la generalidad de los modernos que han recibido su hipótesis atomística en lo substancial, no han aceptado sus errores morales ni su grosero materialismo.

Desde el establecimiento del Cristianismo hasta fines de la Edad Media, prevalecieron por completo casi las doctrinas de Aristóteles. Sólo los filósofos árabes que mantenían con ardor las doctrinas del Alcorán, valiéndose más de la filosofía oriental que de la griega, se pronunciaron por el atomismo; mas es un hecho digno de notarse—dice el P. Cleutgen—que no encontremos en ese largo período, partidarios del atomismo sino fuera de la Iglesia, y entre los adversarios entonces más terribles del nombre cristiano.

Esto es, Señores, cuanto puede decirse de la pretendida novedad del atomismo. En el siglo XVI fué introducido de nuevo en las escuelas y sostenido con un calor que hasta entonces no había merecido, por Bacon de Verulamio, Gassendi y Descartes, quienes á vuelta de algunas diferencias pequeñas, enseñaron lo mismo: átomos, espacio en que se verifique el movimiento y fuerzas que le produzcan.

De entonces acá ha reinado como único en la ciencia; pero, es preciso decirlo desde luego: ha reinado entre los físicos, no entre los metafísicos; entre los experimentalistas, no entre los filósofos. Apenas nacido en su última época, el gran Leibnitz se levantaba contra él. "Habiendo estudiado—dice—y no de un modo superficial, las matemáticas, la mecánica y la física experimental, confesamos que nos vemos obligados á abrazar los dogmas de la filosofía antigua. La esencia de los cuerpos consiste en la materia y en la forma substancial; esto es, en un principio activo y en un principio pasivo; porque toda substancia corpórea tiene como propio el obrar y el padecer. Agere et pati." "Y—continúa diciendo el gran filósofo—si expusiéramos aquí nuestras meditaciones sobre este asunto, verían los que se dejan seducir por las prevenciones de su imaginación, que nuestros conceptos no son tan conformes como lo dan á entender los que á manera de niños

hacen la guerra é insultan á Platón, Aristóteles y al divino Tomás." (Sixtra. Theo.)

Kant tampoco acepta el atomismo. Para él los cuerpos son pura y sencillamente fuerzas que, obrando sobre nosotros, nos causan las impresiones que llamamos sensaciones; pero la substancia misma de los cuerpos, como toda realidad externa, según el filósofo de Koenisberg, es inaccesible á nuestro entendimiento. Y aunque Kant no nos diga aquí como en todo lo demás lo que debemos tener por cierto, sino únicamente lo que debemos pensar, nos enseña, sin embargo, cómo las leyes de nuestra inteligencia nos obligan á concebir la naturaleza. Las ideas de Kant han prevalecido de hecho en la nueva filosofía de la naturaleza, siendo ya una tesis generalmente admitida en nuestros días, que no puede considerarse la naturaleza como una masa inerte, dividida y puesta en movimiento por fuerzas que vengan de fuera, sino que están en los mismos cuerpos, ó mejor dicho, que son los mismos cuerpos. Estos físicos últimos, sostenedores de la teoría dinámica contra la teoría mecánica, ya no hablan para nada de átomos, sino únicamente de fuerzas y de leyes.

Hegel, el gran pensador, que según Fr. Zeferino González, pudo ser, bajo otros principios, el Santo Tomás del Siglo XIX, explica como sigue la generación de la materia. La Idea ó el Absoluto, empequeñeciéndose á sí mismo, perdió algo en la perfección de su sér, y, por consiguiente, de su unidad: entonces se dividió, se fraccionó y se dilató. La consideración de este fraccionamiento y dilatación, produce en nosotros la idea del espacio puro. Toda idea trae consigo su opuesta, y la idea opuesta al espacio es el punto, negación del espacio y determinación suya, como quiera que por el punto se determinan las superficies y las líneas. Los puntos, excluyéndose unos á otros, constituyen la sucesión, y, por consiguiente, el tiempo. Tenemos, pues, ya tres ideas: el espacio, el punto, el tiempo: estas tres ideas engendran una cuarta: el movimiento. El movimiento es la síntesis del espacio y del tiempo; es ya una realidad que se manifiesta ó aparece, y él es el que constituye la materia. Toda materia está en movimiento, porque es movimiento.

Todas estas teorías, falsas como son, nos dicen sin embargo, dos cosas: primera, que el sistema de los átomos relegado á lo sumo á los filósofos de segundo orden, es visto como insuficiente y mezquino por los primeros filósofos de estos tiempos; segunda, que todos esos sabios, esos genios esclareci-

dos, convienen en un punto fundamental con el genio de la Edad Media, con Santo Tomás, es á saber, que la Metafísica es el fondo de la Física, que lo visible se explica por lo invisible, y que lo que vemos ó imaginamos, brota de lo que ni vemos ni imaginamos, sino que tan solamente entendemos.

Pero el atomismo ¿explica al menos los fenómenos de los cuerpos? Porque si así fuese, le podríamos ya conceder, no digamos la verdad, pero al menos la verosimilitud. Y no trato de fenómenos pequeños, de hechos de pormenor, muchos de los cuales hay que confesar que los explica ó los describe con tal facilidad y claridad, que ellos mismos le hacen sospechoso, pues que no encuentran dificultades donde el sentido común dice muchas veces que debe haberlas. Pero no tratemos de estos, sino de aquellos grandes fenómenos, ó más bien, de aquellos hechos generales que, naciendo inmediatamente en esencia de los cuerpos, sirven para caracterizarlos, si no para definirlos. ¿Cómo explica el atomismo la constitución interior de los cuerpos? ¿Cómo su extensión? ¿Cómo su impenetrabilidad? ¿Cómo su divisibilidad? ¿Cómo, por último, la diversidad de substancias, siempre las mismas, y jamás comprendidas las unas con las otras?

Admiran ciertamente en el Padre Sechi, como en otros, los esfuerzos sublimes de la imaginación, para explicar la constitución interior de las substancias corpóreas. Es aquella una pequeña astronomía, no inferior á la otra en exactitud ni en elevación. Pero, en fin, todo ello va fundado, señores, en una de dos hipótesis, ambas insostenibles; ó los átomos se atraen y se repelen á distancia, ó hay entre ellos un medio, un vehículo que trasmita el movimiento del uno al otro. Lo primero ni se admite ya, ni podría admitirse, porque la acción á distancia, "actio in distans," es de todo punto imposible, por la perentoria razón de que una causa no puede obrar donde no está. Ni vale invocar la atracción universal que hoy se admite, porque Newton, su fundador, no dijo que los cuerpos se atrajesen realmente, sino que los fenómenos del mundo, pasan como si los cuerpos se atrajesen. De manera que, la fuerza de atracción no es una fuerza real, sino sólo una fuerza de demostración, como todos los resultantes de un sistema de fuerzas.

Obligados por esta necesidad, los físicos han ideado un cuerpo sutilísimo, el éter, extendido y difundido por todo el